

JACK MENDOZA, PARARRAYOS DEL SUFRIMIENTO HUMANO.

ACERCAMIENTO A *LOS MOTIVOS DE CAÍN* DE JOSÉ REVUELTAS

Alejandra Herrera*

(A Luis de la Barreda)

Si hay un escritor capaz de condensar el sufrimiento humano en un solo personaje, éste es José Revueltas. Prueba de ello es Jack Mendoza, el protagonista de *Los Motivos de Caín* (1957). Un hombre cuyo destino, como el del bíblico Caín, será huir, agobiado por la culpa de su crimen: desertar de su cargo de sargento del ejército norteamericano en la Guerra de Corea. Sin embargo, su culpa no sólo radica en este hecho, es una culpa omniabarcante, es la que corresponde al hombre que no tiene identidad, no sólo por su ascendencia mexicana, no sólo porque no pertenece a un grupo mayoritario o minoritario, no sólo porque no se declara comunista o anticomunista, proyanqui o antiyanqui; sino porque pertenece a esos hombre que mediante una revelación son sabedores con plena conciencia de que no hay opciones para la especie humana. Quizá, ése sea el pecado bíblico más castigado, la osadía de hacerse consciente, Eva y Adán, expulsados del paraíso, vagarán sobre la tierra después de transgredir la norma que prohibía comer el fruto del árbol de la ciencia. El pesimis-

* Profesora-investigadora de tiempo completo del Depto. de Humanidades de la UAM-A.

mo y el absurdo rondarán la atormentada existencia del exsargento Mendoza.

La estructura de esta novela no se atiene al tiempo lineal. Empieza en el presente con la muerte en vida del protagonista, quien deambula como alma en pena por las calles de Tijuana, ciudad fronteriza del Noroeste de México, que colinda con el estado de California de los Estados Unidos. Jack es un ser que no puede llamarse humano, no tiene capacidad de decidir absolutamente nada, quizá su sensación corresponda al absurdo que Camus describe como la incapacidad de encontrarle a la vida sentido, razón de ser, la muerte de la esperanza, la ausencia de certezas porque el mundo no responde a las múltiples preguntas del sujeto y de allí la sensación de extrañamiento.

En este espacio fronterizo, Revueltas explora dilatadamente las sensaciones de Jack Mendoza, quien se encuentra en el más profundo desamparo, víctima de la última decisión que ha podido ejercer: desertar de la guerra de Corea. Así, el tiempo corresponde a los primeros años de la década de los cincuenta. Además del sentimiento paranoico que lo acosa a cada momento y su consecuente fragilidad, la falta de identidad, de pertenencia a un grupo, lo sume en la más absoluta invalidez. A tal grado que ya no se siente hombre, sino un ente cualquiera con disfraz de ser humano. Esta falta de identidad que objetivamente puede verse en la ausencia de documentos, consecuencia de su desertación, es más que eso, se trata de un estado emocional que ha sido provocado por una experiencia límite, de esas que conmocionan el espíritu y lo hacen sentirse extranjero en cualquier lugar:

Desde su desertación Jack no había hecho nada sino escapar, seguir desertando siempre, cada vez de algo distinto e igual, pero siempre un sitio donde no podía quedarse, donde los

hombres le prohibían la acción, es decir, le negaban su reconocimiento de ser vivo, pues incluso la mínima acción posible que pudieran ofrecerle desenmascararía de inmediato –aun sin que ellos se lo propusieran–, revelaría a Jack como a un hombre que ya no era un ser humano, o cuando menos ya no era un ser humano como ellos, sino una entidad desesperadamente no clasificada, distinta, subversiva y criminal. (J. Revueltas. *Los motivos de Caín*, pp. 32, 33.)

La sensibilidad de Jack es alucinante, todo lo magnifica, todo le hiere, todo le significa, el más insustancial acto sirve para poner en evidencia la decadencia de la especie humana, a la que, no obstante, por sentirse ajeno, desea pertenecer. En estas condiciones Jack es, por así decirlo, el pararrayos de la miseria y el sufrimiento humanos, cuya condena se acentúa aún más por padecer en soledad, sin la remota posibilidad de tender puentes entre su experiencia y la de los demás. Baste esta cita para poner de relieve su modo de percibir la realidad:

[Jack] Pensó, por ejemplo, en la pequeña prostituta a la que el chulo había golpeado. Recordó su boca, destrozada como un pedazo de carne informe, el tacto animal y tonto de sus dedos cuando buscaban en la superficie del piso el inmundo lápiz labial, y en seguida, lo insólito, lo monstruoso y aterrador de que asimismo recogiera los cigarrillos.

¿Por qué los cigarrillos, Dios mío? Si no hubiera recogido los cigarrillos, lo demás habría estado bien, las lágrimas negras, su dolor de sucia bestia, todo. ¿Pero por qué aquello? ¿Quién la impulsó a realizar ese acto tan desamparado, tan despelladamente humano, tan desconsolador, de recoger los dos o tres inútiles cigarrillos? (*Ibid.*, p. 33)

En condiciones normales, quizá cualquier espectador se hubiese conmovido sólo por el hecho de que el padrote golpeará a su prostituta, por atentar contra la integridad física de la mujer que además lo mantiene, pero el hecho que realmente horroriza a Jack es que en esa situación la mujer recoja los cigarros, algo puramente incidental que quizá obedezca a la confusión que le ha generado la golpiza. La sensibilidad de Jack está alterada no corresponde a los estímulos que la realidad le ofrece.

La intensidad manejada en la trama es tal que el lector cede a la tensión y se pregunta: ¿Cuál fue la experiencia que Jack vivió y que trastocó su personalidad?, ¿qué ocurrió?, ¿dónde?, ¿cómo? Desde luego las respuestas aparecerán en los capítulos siguientes, en los que se abordará el pasado de esta historia, las causas del presente.

Mientras sigue construyéndose la personalidad de Jack Mendoza, el lector cae en la cuenta de que esta falta de identidad no sólo obedece a su desertión, sino al problema de identidad que han padecido y padecen los hijos de emigrantes, en este caso, los mexicanos de segunda generación que viven en Estados Unidos, cuya culpa e inferioridad es casi primigenia:

Esa idea de estar vinculado a un crimen del que no tenía el menor recuerdo y por el que debía responder ante jueces invisibles. Es que tengo el espíritu dañado por la guerra [afirma Jack], pero también es mi culpable sangre mexicana que se sintió perseguida como la de todos mis hermanos, mi culpable sangre inferior. (*Ibid.*, p. 46)

El capítulo III aborda el tema de la persecución a los chicanos. Para que esto pueda tener lugar en la estructura narrativa, Jack necesita ver a los Mascorro. Una pareja de viejos amigos, Marjorie y Bob, quienes han sentido una gran simpatía por Jack

desde que éste renunció a su futuro brillante al intentar formar un sindicato en la fábrica donde trabajaban. Cuando por fin Jack llega a casa de los Mascorro, encuentra el barrio a oscuras y la casa vacía. Al aparecer los Mascorro, el misterio se aclara: un joven amanece muerto cerca de la granja “Laguna del Sueño”. Parece que se trata de un accidente, de un atropellamiento, sin embargo, la policía realiza una persecución de los mexicanos; de ahí que el apagón no fuera accidental, sino programado. Ante el problema, afirma Bob: “El Cónsul de México se limita a decir que no son mexicanos, que ninguno de nosotros somos mexicanos porque no tenemos papeles, y los gringos se envanecen entonces y nos golpean por las calles...” (*Ibid.*, p. 47.) Así las cosas, no tener papeles equivale a no tener identidad, a no ser humano, a “justificadamente” ser víctima de la irracionalidad de los odios raciales, porque las minorías no tienen derechos humanos. Así, los marines regresan de la guerra con licencia para abusar de las jóvenes mexicanas porque las rubias norteamericanas son sagradas. (*Cf.* pp. 47, 48)

El accidente del muchacho de “Laguna del Sueño”, va a ser el pretexto que convertirá en “legal” la persecución de los mexicanos. No hay que olvidar que los pachucos fueron los primeros mexicanos y estadounidenses de segunda generación que se agruparon en pandillas en la ciudad de Los Ángeles con sus propios atuendos y su especial forma de hablar para responder a la discriminación que padecían en ese país. (*Cf.*, Áxel Ramírez. *La comunidad Chicana en Estados Unidos: Retrospectiva histórica*, pp. 61-67.)

No obstante, la solidaridad de los Mascorro, la ayuda que prestarán a Jack para que continúe con su incierto futuro, hay un abismo entre ellos que pesa profundamente en el ánimo del sargento desertor: ellos son comunistas y Jack, no. Pero no porque éste se declare pro-yanqui o anticomunista, sino porque literal-

mente él no ve salvación para la especie humana. Así, no se atreve a confesarles su no partidismo, lo cual agobia más al protagonista, pues tiene que guardarse esa carta bajo la manga. Aun cuando su deseo sea ser claro y transparente. Y es que no se trata de pertenecer o no a un partido. Jack, atormentadamente, ve que el problema va más allá, es un conflicto existencial que surge de su experiencia en la guerra, y que ahora, después de desertar, le deja la certeza de que no hay salida, pues su compromiso inconfesable es con la misma existencia humana:

Jack estaba rojo como un jitomate y con los ojos nublados por un llanto terco que apenas podía reprimir, lleno de vergüenza por el hecho de no atreverse a decirles que en cierto modo los estafaba, que no era digno de aquella confianza y amor, pues en un momento dado sería capaz de oponer a los comunistas igual violencia e igual número de razones que las que ahora lo inducían a desertar del campo anticomunista. (Revueltas, *op. cit.*, p. 53)

En *flash-back*, el narrador nos lleva a la experiencia de Jack en la guerra de Corea. Como se sabe esta guerra es una secuela de la 2a. Guerra Mundial y estalla por el conflicto que surge en la línea divisoria entre las dos Coreas. La del Norte tenía un gobierno popular, apoyado por la URSS y China; y la del Sur, capitalista, respaldada por Estados Unidos, que en aquellos años había intensificado su persecución al comunismo dentro y fuera de su territorio. De este modo, el presidente Truman decide apoyar al Sur y con ello no sólo manda a sus hijos estadounidenses, sino también a los mexicanos, avocindados en su país, que, como ocurrió durante la 2ª Guerra Mundial, se enlistan en sus filas para ganarse heroicamente los derechos de los norteamericanos de sangre, es decir, los de primera clase; para a su regreso, encontrarse con que seguían siendo estadounidenses de segunda.

La guerra es una experiencia de vida y muerte, cada acción pone en peligro la existencia, y la vida pierde la coherencia de la cotidianeidad. Peor que estar en el frente es caer prisionero: las torturas, imposible ficción de lo que el ser humano puede hacer contra un semejante, hacen flaquear los más puros ideales y tambalear las más firmes convicciones. Quizá, una experiencia peor que la de padecer esa clase de torturas, sea la de presenciar la de un hombre por el que uno no puede manifestar piedad ni admiración por su firmeza, por su necio afán de no traicionarse a sí mismo y a su causa.

Así justo surge la desafortunada relación entre Jack y Kim, un norcoreano no mayor de veinticinco años:

Una cosa es el enemigo en abstracto, se había dicho Jack siempre; el enemigo al que nunca se ve, ése que en las grandes batallas no pasa de ser una fórmula algebraica, la colina X-25, y otra el enemigo tangible, concreto, el hombre igual que tú y que yo, con zapatos y con ojos. (*Ibid.*, p. 63.)

Y con esto subraya Revueltas la experiencia abstracta que es la guerra: llegan los soldados a un país del que no conocen ningún referente concreto, ni su geografía ni a sus habitantes, mucho menos sus costumbres e ideas. ¿Por qué considerarlos enemigos? Se preguntaría cualquier ser pensante. Sin embargo, los compañeros de Jack no piensan, no cuestionan las razones de esa guerra, toda su actitud está encaminada a destruir al enemigo abstracto, para cometer los crímenes más violentos, eso sí, en un ser concreto que no tiene ninguna posibilidad de defenderse. Y lo mismo ocurre del otro lado del frente.

Llevar prisionero a Kim al campamento o matarlo allí mismo, en la carretera donde ha sido encontrado, será la decisión que Jack como sargento tendrá que tomar y hacer valer ante sus

dos subordinados, Elmer y Tom, éste último miembro activo de la Legión Americana, cuyo odio racial hará que proponga matar a Kim de inmediato. Pero Jack siente una leve simpatía por el norcoreano y decide llevarlo prisionero. En el camino sucede algo extraordinario que hermanará definitivamente a Jack y a Kim. Para superar o calmar la tensión que le provoca el incierto futuro del comunista, pues “[...]se preparaba con todas sus fuerzas para soportar las escenas que sobrevendrían, sin que los nervios se le rompieran.” (*Ibid.*, p. 70); y las reflexiones sobre lo absurdo de la guerra, Jack canta una canción mexicana aprendida de su madre. Este es un gesto significativo porque de alguna manera, quizá absurdamente, Jack canta para Kim. Pero ¿por qué una canción mexicana?, ¿por qué una canción que le enseñó su madre? Tal vez, simplemente porque no quiere ser comprendido por sus compañeros, o quizá, porque quiere dar a Kim algo íntimo y personal, ligado con sus raíces extranjeras. Pero aún falta lo más insólito en este contexto: el norcoreano habla español, porque había nacido en Culiacán, de padre coreano y madre mexicana. Después de la derrota de Japón la familia entera se fue a vivir a Corea, por eso, y a media lengua, completa los versos del “Cielito lindo”. De este modo, el prisionero y el sargento se hermanan al compartir la misma lengua en una situación de vida y muerte, ni siquiera es el ser mexicano lo que los une, pues Jack ya no lo es y sólo conoce la zona fronteriza de Chihuahua, en cambio, Kim nació y creció en México. De modo, que no era el espacio lo que los unía, sino la lengua, el idioma de los antepasados de Jack y la lengua que el norcoreano aprendió de su madre. Paradójicamente, ese lazo de identidad se volverá un instrumento más de tortura, para ambos personajes.

Una vez entregado Kim al oficial del Servicio de Inteligencia Militar, y transcurridas unas horas, Jack es llamado para que

sirva de traductor. La suerte está echada: Kim será pasado por las armas, pero antes –y esto es lo aterrador– tendrá que hablar. La tensión crece, pues el narrador da cuenta del temor que tiene el sargento de presenciar la tortura, sin embargo, ocurre algo que compromete fundamentalmente a Jack, pues Tom –no hay que olvidar su pertenencia a la Legión Americana– le reclama el carnet del prisionero que lo identifica como miembro del Partido Comunista, carnet que previamente tiró el sargento en una cuneta de la carretera, cediendo al impulso de ayudar al norcoreano.

De este modo, igual que el espectador de una tragedia griega, Jack oscila de la piedad por la suerte del héroe caído en desgracia, al sentimiento egoísta del terror. Pánico de que el héroe hable del carnet y lo involucre definitivamente en la realidad de su tragedia.

Al escuchar la voz que lo requería para que volviera al escenario de la tortura, “Jack se puso en pie con la sensación de una caída, de que se hundía, de que iba descendiendo verticalmente, sin ningún apoyo bajo los pies, como dentro de un espacio sin límites.” (*Ibid.*, p. 92) Sin embargo, sólo querían que tradujera, y aquí es donde Revueltas conforma un personaje matizado por una infinita gama de claro-oscuros. Es el preludio a la división del personaje que en los primeros capítulos de la novela, deambula hecho pedazos por las calles de Tijuana. Jack siente auténtica pena por el norcoreano, pero se arrepiente de haberse dejado llevar por la simpatía que le generó al principio del encuentro y de haber arrojado el carnet. Ahora siente pánico de verse involucrado, pues es su propia vida la que está en juego. Pero se tranquiliza al sentir que tiene el poder, sólo él, de entender al prisionero y no traducir lo que pudiera perjudicarlo. Así de un sentimiento auténtico, surgido sólo por la solidaridad humana, Jack pasa al oportunismo, y en este momento la suerte de

Kim queda en segundo término, ya no importa como sujeto, primero está salir lo mejor parado de la situación. El lector no puede menos que entender la situación: la fauna que se dedica a ejercer el “delicado arte” de torturar acaba con la voluntad e integridad de cualquiera.

A estas alturas el prisionero ya está inconsciente, pero a la menor muestra de mejoría la tortura se reiniciará, frente a esto el narrador omnisciente afirma:

Jack sentía la lengua tan seca como un pedazo de estopa con hollín. Esto no podía ser real, no. O más bien, era el infierno real, tal como es, sin llamas, sin plomo derretido, sin demonios, únicamente habitado por hombres, por hombres. Y él estaba ahí, con su cabeza, con sus manos, con sus piernas, cobarde hasta la ignominia, tratando de salvarse. (*Ibid.*, pp. 101, 102.)

En esta cita, puede apreciarse la sensación de irrealidad que se va apoderando del protagonista, lo que la realidad le ofrece es una ficción imposible de reconocer, tiene que tratarse de una entidad inventada como el infierno para organizar coherentemente lo que ve.

Una vez que el norcoreano tiene una ligera mejoría, Jack propone conversar con él, para convencerlo de que es mejor que hable. Kim al reconocerlo y presa de los más espeluznantes dolores le confía al sargento amigo:

Kim morir comunista... Cuando tú encontrar obreros, tú decir conociste Kim: murió comunista... Murió buen comunista. Yo no hablar, yo no decir palabra mis verdugos... Kim decir viva partido comunista, viva China Roja, viva Corea, viva Unión Soviética... (*Ibid.*, p. 105)

Aquí parece importante, recurrir a la historia bíblica de Caín y Abel, que como se sabe, el primero mata al segundo, por sentir envidia de la superioridad de su hermano: es el favorito de Yahvé y sus ofrendas suben fácilmente al cielo, mientras que las del primogénito, no. Sin mediar ninguna reflexión, sólo el enojo, Caín comete su crimen. El castigo de Yahvé no se hace esperar: andará errante y fugitivo, y la tierra no le dará sus frutos.

Si se traspasa esta historia arquetípica a la que aparece en la novela, puede verse en primer lugar, que Jack y Kim no son hermanos, sin embargo, se sabe que la lengua y sus raíces mexicanas los hermanan, la simpatía inicial no es gratuita, algo intuitivamente los acerca. Ahora bien, si se compara a Jack Mendoza con Kim, éste es superior en cuanto a la firmeza de su espíritu, de sus ideales, de sus convicciones políticas. Ni las, más aterradoras torturas pueden con su espíritu inquebrantable. Frente a la integridad de Kim, la inconsistencia de Jack crece ante sus propios ojos y ante los del lector: no sabe por qué está en esa guerra, puede tratarse de una orden del gobierno estadounidense o la conveniencia de participar en una guerra que, supuestamente, le traerá beneficios en su calidad de mexicano de segunda generación. De cualquier manera no hay ideales que lo sustenten en su misión militar. La superioridad de Kim es evidente, se ha probado. En cambio, en el texto bíblico, la de Abel sólo radica en que goza de la simpatía de Yahvé. Sin embargo, lo que Revueltas explora en la novela es justamente los motivos de Jack para participar involuntariamente en la tortura y muerte de su reciente hermano. A diferencia de Caín, el sargento desertor reflexiona todo el tiempo, incluso en la precaria situación emocional en que se encuentra, tampoco puede dejar de sentir admiración por el norcoreano, lo único que puede hacer ante la falta de alternativas, es obedecer a su instinto de sobrevivencia y a la imposición de sus superiores.

Cuando Jack descubre que no es el único que habla español, pues se le ha tendido una trampa, la doctora Jessica Smith, un ser pervertido hasta lo más hondo, le dice que ella ha entendido la "declaración de principios" de Kim. Jack, entonces, no puede hacer nada más que participar activamente en la tortura del prisionero y ceder frente a la proposición sexual de la doctora a condición de que lo mate. Jack ya no tiene salida: ha traspuesto, como dice el narrador, el límite. "Ya estaba al otro lado de los hombres." (*Ibid.*, p. 112)

Y es esta experiencia, la revelación que tiene Jack: los hombres no tienen salvación, son presa de su maldad, de su espíritu de destrucción. No se trata de partidos, se trata de la naturaleza humana. Después, la desertión, la huida, el vagabundeo, la muerte en vida, la imposibilidad de recuperarse a sí mismo. En suma: el castigo.

Antes de concluir, hay que decir que *Los motivos de Caín* es una novela que trasciende los límites ideológicos que plantea la ya ausente lucha entre comunistas y anticomunistas. Sus aciertos están en la exploración que hace Revueltas de las contradicciones de la esencia humana a través del protagonista de esta historia, y la fuerza narrativa que se manifiesta en la intensidad de cada página de la novela. Independientemente, de que la historia sea real como aparece en las notas al principio y al final del texto, el autor da muestras de su agudeza para percibir la condición humana y traducirla a deslumbrantes descripciones de las luchas internas de los hombres. A más de cuarenta años de su primera edición, esta novela, quizá esté ahora más vigente que nunca: el desencanto existencial, el no partidismo, la ausencia de utopías de Jack Mendoza, ¿no son rasgos característicos de estos tiempos?

BIBLIOGRAFÍA

Directa:

Revueltas, José, *Los motivos de Caín*. México, Era, 1991. 114 pp. (Obras completas, 5)

Indirecta:

Ramírez, Axel. *La comunidad chicana en Estados Unidos. Retrospectiva histórica*. México, Ediciones de la Viga, 1992. 81 pp. (Biblioteca Prepa 7, 4)